

Dejadme que empiece con una confesión: soy profesor de filosofía pero, lo que más me ha marcado en mi vida, es que soy catequista. Desde los 16 años llevo trabajando en mi colegio, en mi parroquia y en mis ambientes, en la pastoral. Creo que es lo que el Señor me ha ido pidiendo. Pero también soy padre de familia. Mi mujer y yo tenemos cuatro hijos y creedme si os digo que cada palabra de esta charla está pensada con el corazón y la cabeza puesta en mi hijo Diego. Un adolescente de 14 que no quiere ir a misa y que se enorgullece de declarar su ateísmo en los lugares donde se lo permiten. De ahí, mi más profundo respeto a todos los que tratamos de llevar la Buena Noticia a los jóvenes y vemos con sufrimiento a nuestros hijos, catecúmenos, alumnos... alejándose de la casa del padre. No quiero dar recetas, no tengo la respuesta... lo único que tengo es la inquietud y la certeza de que la oración y la misericordia de Dios hará el resto. Pero, como decía Luz Casanova (fundadora de una institución educativa) "Que por mí no quede"

Pero vayamos al lío

Empecemos con una pregunta: ¿Qué hubiera pasado si el Hijo Pródigo no hubiera pasado hambre? ¿Cuál habría sido la historia si aquella *gran hambruna* no hubiera assolado la región donde el Hijo Pródigo decidió dilapidar la herencia del Padre? Lo más seguro es que nuestro protagonista nunca hubiera querido regresar a su casa: no hubiera tenido envidia de los jornaleros de la casa del Padre. Ahondemos un poco más: ¿Y si el Hijo Pródigo hubiera sido padre? ¿Qué sabría su hijo de lo que le espera en la casa del Abuelo? La respuesta es sencilla: nada. El Nieto Pródigo no sabe nada de lo que hay en la casa del abuelo y por eso, ni siquiera en sus momentos más oscuros (en los que desea comer la comida de los cerdos) se plantea volver la casa donde el Abuelo (que siempre es el Padre) espera su regreso con los brazos abiertos. Ciertamente nuestras aulas están llenas de Nietos Pródigos, muchachos y muchachas con un anhelo de felicidad que no saben que hay un Padre amoroso esperando en lo más alto de la casa a ver si se ve la sombra de su hijo por el camino. Chicos y chicas que creen que lo más grande a lo que pueden aspirar es a un buen trabajo, éxito afectivo (sin ahondar en lo que significa eso) y reconocimiento social. Sin embargo, cualquiera que haya pasado un rato en la Casa del Padre ha experimentado que lo que allí le espera es mucho más alto: no se trata de bienestar sino de FELICIDAD.

Cuando el San José Manyanet descubrió la misión que el Padre le había dado no creo muy descabellado pensar que esa era su intención: llevar a los chicos y chicas hacia el hogar que Dios quiere para cada uno de nosotros: Nazaret. Para llevar a cabo esto (y perdonad si estoy hablando de cosas muy elementales), San José Manyanet pensó en unas instituciones donde se instruyera a los jóvenes y se les formara en *la cultura del corazón y de la inteligencia*.

Pero entonces, aquí tenemos el reto planteado. Nosotros tenemos una preciosa casa; un Nazaret preparado y adornado para la llegada de nuestro hijo (o de nuestro nieto) pero ellos, por su parte, no saben que les estamos esperando. Ni siquiera saben que hay un hogar más acogedor del que ahora tienen y del que aspiran. Simplemente, no saben de la existencia de un abuelo que les ama y les espera. Nosotros, mientras tanto, podemos trabajar bajo tres premisas (claramente reflejadas en nuestras posturas pastorales).

1. **Los Profetas de calamidades:** Somos aquellos de nosotros que parece que estamos esperando que la vida les vaya mal para que tengan la obligación de

volver a la casa del Padre. Son los que tenemos un dolor de muelas y se lo queremos hacer sentir a ellos. Somos nosotros cuando decimos “Ya vendrá la vida y les pondrá en su lugar”, “Ya llegará la hambruna y volverán a casa del Padre”, “Ya le vendrá la cruz” y en lo más profundo de nuestro corazón una sonrisa se dibuja en nuestro rostro cuando te enteras de un divorcio, de un despido... porque crees que así no les quedará otra que volver al redil.

2. **Los hermanos mayores:** algunas de nuestras propuestas pastorales ahondan en la rectitud y perfección moral. Yo no soy como ellos, yo no me he alejado... y por eso me puedo permitir el lujo de enjuiciar y opinar sobre lo que les pasa a los demás. Nuestro mensaje es negativo y convertimos el ser cristiano en un pesado fardo sobre los hombros de los chicos. Ser cristiano es pensar así, ser así, no puedes salir, no beber, ni tener pensamientos impuros, ni.... Rápidamente, en cuanto tienen ocasión, se alejan, se quitan el fardo y se sienten liberados.
3. **Los contradizos en el camino:** cuando en los años 80 en mi barrio (Carabanchel) hubo una epidemia de toxicomanías, muchos de nosotros nos salvamos porque alguien se hizo el contradizo con nosotros. Recuerdo a Agustín sentado en la Plaza de San Filiberto charlando con los jóvenes y recuerdo la cara de alguno de ellos el día que le vieron vestido de cura para celebrar una Eucaristía. Pienso en Marivi una escolapia que dedicó gran parte de su vida en aquellos años en encontrarse con los jóvenes que enfermaban y morían abandonados en las habitaciones de la planta 15 del Doce de Octubre. Recuerdo a los Clérigos de San Viator encontrando a muchos jóvenes en el deporte, el tiempo libre, la montaña... gracias a ellos algunos nos encontramos con Cristo y otros descubrieron que había algo mejor que lo que el mundo les decía que debían esperar.

Es evidente cuál es la actitud que os quiero plantear esta mañana pero lo que no sé si es tan evidente es el porqué de esta decisión. Después de mucha reflexión me he dado cuenta de una cosa. Cada uno de los agentes de pastoral que entró en mi vida lo hizo descalzo. Como Moisés cuando ve la zarza ardiendo y descubre que es Yavéh el que está ahí. “Descálzate” Esa es la primera actitud de un pastoralista y lo debe ser por supuesto de un pastoralista manyanetiano. **El otro es tierra sagrada y me tengo que descalzar.** Todo lo que podamos decir a partir de este momento tiene que partir de esta convicción: mi alumno es tierra sagrada, mi hijo es tierra sagrada, el alumno que me saca de mis casillas es tierra sagrada, la alumna que no me deja dar clase y se ríe de mí en cuanto tiene ocasión, es tierra sagrada. Mi actitud, me descalzo: me quito mis defensas para no invadir la intimidad del otro; me descalzo para no violentar el espacio del otro y entro así, descalzo, sin nada... notando todo lo que me pueda esperar: los pinchos, las piedras, el mullido musgo. Abierto a la novedad y a la grandeza del otro. Si cada vez que voy a hacer algo en el entorno educativo sea lo que sea, tengo en cuenta esta premisa, lo demás saldrá de suyo. Descalzaos en clase, en el patio, en las convivencias, en las tutorías, en el despacho del director. Descalcémonos y dejemos que la vida del otro nos interpele y nos haga daño, si es menester.

Y una vez descalzo, ¿qué? Pues me acerco al otro. Salgo de mi comodidad y voy hacia tu lugar. Salgo de la trinchera de mi mesa de profe y me acerco a tu pupitre. Abandono mi cafetería y me expongo en el patio; me alejo de la superioridad de mi título y me dejo interpelar por el otro, descalzándome antes de entrar.

Desde este doble movimiento (hacerme el encontradizo y descalzarme) es desde donde podemos comenzar nuestra tarea pastoral. Una tarea pastoral que sólo tiene un objetivo: **Mostrar la misericordia de Dios. Esa es la roca firme sobre la que construir nuestra Escuela. Esa es la roca firme sobre la que el Padre Manyanet edificó su obra.** Dentro de dos semanas (el 8 de diciembre) el Papa abrirá la puerta Santa para este año jubilar de la Misericordia. Año de gracia y de perdón para todos nosotros; oportunidad de volver a degustar el verdadero sentido de lo que significa la misericordia. Permittednos que recojamos esta invitación para que este año, cada una de las puertas de nuestras aulas se conviertan en Puertas Santas donde nuestros chicos y chicas puedan sentirse acogidos, perdonados, amados... donde seamos las manos misericordiosas de un Padre.

Pero ¿qué es misericordia? Dice el Papa Francisco en la Bula del año jubilar: “JesuCristo es el rostro de la misericordia del Padre” (1) y debemos saber que el cuerpo de Cristo, el rostro de Cristo, el hambre y la sed de Cristo no es otra que el hambre y la sed y el rostro y el cuerpo de cada uno de nuestros hermanos más pequeños. Por eso, nosotros somos el rostro de la misericordia del Padre y cada uno de nuestros alumnos son el rostro de la misericordia del Padre (así, que...a descalzarse). Añade el Papa: “...*la misericordia de Dios no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con lo cual revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. Vale decir realmente de un amor visceral. Proviene de los más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón*” (Misericordiae Vultus, 6) y añade el Santo Padre un poco más adelante “*La Iglesia (y nuestro colegio o parroquia) tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón palpitante del Evangelio, que por su medio debe alcanzar la mente y el corazón de toda persona. (...) Su lenguaje y sus gestos (de la Iglesia) deben transmitir misericordia para penetrar en el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de vuelta al Padre.*”(Id. 12) O de encontrarlo si es que no saben que hay un padre. Pero el mensaje del Papa va más allá y nos dice a todos y cada uno de nosotros: “*En este Jubileo la Iglesia será llamada a curar aún más estas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención. No caigamos en la indiferencia que humilla, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, en el cinismo que destruye. Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio.*” Ese grito que te da el alumno de infantil cuando vive una situación de soledad y de abandono; o el de un muchacho de primaria que grita desde la muerte de sus abuelos; o ese grito desgarrado del adolescente que nos interpela en su desorientación. Por eso el Papa nos exhorta a reflexionar en las Obras de Misericordia tanto corporales como espirituales y es en eso en lo que nos vamos a centrar porque, como señala el Papa: “*Igualmente se nos preguntará si ayudamos a superar la duda, que hace caer en el miedo y en ocasiones es fuente de soledad; si fuimos capaces de vencer la ignorancia en la que viven millones de personas, sobre todo los niños privados de la ayuda necesaria para ser rescatados de la pobreza, si fuimos capaces de ser cercanos a quien estaba solo y afligido; si perdonamos a quien nos ofendió y rechazamos cualquier forma de venganza o de violencia que conduce a la violencia; si tuvimos paciencia siguiendo el ejemplo de Dios que*

es tan paciente con nosotros; finalmente, si encomendamos al Señor en la oración de nuestros hermanos y hermanas.”

Pero, analicemos una por una qué pueden significar las obras de misericordia espirituales para los docentes.

“ENSEÑAR AL QUE NO SABE”

Parece evidente que esta es la primera obra de misericordia que una escuela debe acometer. La escuela debe ser el lugar donde se instruye a los alumnos y es, por tanto, la tarea más importante que debemos realizar. Pero enseñar es una obra de misericordia. Es decir, el propio acto de enseñanza debe estar impregnado del talante misericordioso de Dios. Como decíamos al principio, el Padre Manyanet habla de educar en la cultura del corazón y de la inteligencia. Y ese es nuestro objetivo, debemos dedicar todos nuestros esfuerzos a enseñar a nuestros alumnos. Pero, ¿qué debemos enseñar?, ¿cuáles son los contenidos curriculares más importantes? ¿Qué competencias clave son esenciales para el desarrollo futuro? Creo que la enseñanza en la que debemos poner el foco es en cuál es nuestra procedencia: Nazaret. Educar teniendo como modelo a la Sagrada Familia. Nazaret es el lugar donde Jesús descubre que, además de ser hijo de José y María, es hijo de Dios. Es el lugar donde descubre qué es el amor, qué es el trabajo, qué es la responsabilidad y sobre todo, insisto, que descubre que es Hijo de Dios. En Nazaret, en el silencio del taller de San José, un niño descubre a su Padre; en la cotidianidad de la vida de María ese niño descubre la importancia del servicio, de la entrega. La importancia de Nazaret es enorme en la vida de Jesús y en nuestra vida como pastoralistas. Nazaret era el lugar preferido del Padre Manyanet y acudía asiduamente y nos invita a que nosotros acudamos. Visitar Nazaret es conocer la casa que el Padre tiene pensada para nosotros. Nazaret nos proporciona tres elementos:

- 1. Nos hace descubrir nuestra procedencia:** somos hijos de Dios, tenemos una herencia que es grande y una vocación que es superior a cualquier expectativa humana. Estoy llamado a trascender, no a ser famoso si no a ser eterno.
- 2. Nos hace conocer nuestra dignidad:** Jesús es el Nazareno, el hijo de María y del carpintero. Sabemos de dónde es él y por eso sabemos cuál es nuestra dignidad. Somos hijos en el Hijo. Somos del lugar del que nacen los dioses. Porque en Nazaret ha sido donde Dios ha querido aparecer. **Yo también soy de Nazaret, como Jesús.**
- 3. Nos hace descubrir nuestra misión:** conocer mis raíces, saber el linaje al que pertenezco me lleva a querer continuar la misión. Dar vida

Nos descalzamos y les mostramos su *árbol genealógico* esa es una obra de misericordia. Si les hago ver que compartimos una misma familia y una misma misión estaré poniendo los cimientos para que cada uno de nuestros alumnos y alumnas se descubran como lo que son **HIJOS AMADOS DE DIOS.**

“DAR BUEN CONSEJO A QUIEN LO NECESITA”

Aconsejar es orientar. Es dar pista al que está despistado. Es dar meta al que va sin rumbo. En definitiva, es enseñar qué valor tienen las cosas. Considero que esta es una buena definición de lo que es la educación: ayudar a descubrir lo que valen las cosas. Y, ojo, que no existe neutralidad en nuestra profesión. Toda intervención educativa está motivada por una u otra razón. Decía Freire en la Pedagogía del Oprimido que “La neutralidad educativa es imposible: o estamos en un lado o en el otro”. Por eso, abandonemos nuestra neutralidad: tenemos algo que es bueno, que libera, que hace feliz... aconsejemos a nuestros chicos que deben volver a casa de su padre, que la comida de allí (incluso la de los siervos) es mejor que la de los cerdos. Pero, claro, para dar luz hay que tener luz: “¿Puede un ciego guiar a otro ciego?”. Dice el Papa en la Evangelii Gaudium: “Los cristianos tienen el deber de anunciarlo [el Evangelio] sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La iglesia no crece por proselitismo sino por atracción” (14) “Otra característica-añade el Papa- es el lenguaje positivo. No dice tanto lo que no hay que hacer sino que propone lo que podemos hacer mejor. (...) una predicación positiva siempre da esperanza, orienta hacia el futuro, no nos deja encerrados en la negatividad.”(159)

No nos olvidemos: nuestros chicos necesitan buenos consejos, mensajes fuertes y atractivos llenos de obras y palabras (ambas) que les proporcionen herramientas para plantar cara a las propuestas convincentes y claras que les da el mundo. Miremos la publicidad y observemos qué clara es la propuesta de sentido que les ofrece el mundo.

“SOPORTAR CON PACIENCIA LOS DEFECTOS DEL PRÓJIMO”

El mandamiento más importante, el primero de todos, el que será la medida de nuestra misericordia es el mandamiento del amor: “Amar al prójimo como a mí mismo”. Esta es la medida, algo que sea alcanzable. Fijémonos en ese mandato. No sé vosotros pero a mí me pasa que en muchas ocasiones no me siento nada satisfecho con lo que hago. Cuando comento ese error en el que recurrentemente caigo no me siento nada cómodo; ni siquiera me encuentro atractivo ni, mucho menos, digno de elogio. *Y sin embargo, me quiero*. Es decir, aborrezco el pecado que cometo, mi falta pero no me odio a mí. Dice C.S. Lewis: “Por mucho que me disgustase mi vanidad, mi cobardía o mi codicia, seguía queriéndome a mí mismo. Jamás había tenido la más ligera dificultad en ello. (...)Justamente porque me amaba a mí mismo lamentaba descubrir que era la clase de hombre que hacía esas cosas. En consecuencia, el cristianismo no quiere que quitemos un átomo del odio que sentimos por la crueldad o la traición. Deberíamos odiarlas. (...) Pero el cristiano quiere que las odiamos del mismo modo en que odiamos esas cosas en nosotros mismos: lamentando que ese hombre haya hecho esas cosas y esperando, si es posible, que de algún modo, en algún momento, en algún lugar, el hombre pueda ser curado y humanizado de nuevo” En definitiva: amar al prójimo como a mí mismo significa que desprecio el pecado y que vivo de manera esperanzada el cambio. Quiero que el otro cambie y espero que sea posible. Sólo si lo soportamos así seremos capaces de ser

misericordiosos con nuestros alumnos. No hay nada peor que no tratar de modificar la conducta de algún alumno, es como si el Pastor no fuera tras la oveja perdida porque cree que no va a encontrarla. La esperanza es la fuente fundamental de la alegría cristiana (pero de eso hablaremos más adelante).

Soportar los errores del otro, con la esperanza de su conversión, me lleva a tratar de corregirle (y de eso, de corregir, sabemos mucho los profesores).

“CORREGIR AL QUE SE EQUIVOCA”

Pero cómo hemos de corregir. El Evangelio nos da un tratado para corregir, veámoslo (pero, de nuevo, hay que descalzarse). La corrección fraterna tiene tres fases:

- a) *“Si tu hermano llega a pecar, vete y repréndele a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano”* Fin de la historia. Da igual quién tenga razón, da igual todo lo demás. Habrás ganado a tu hermano.
- b) Pero, la paz no se impone y puede ser que tu hermano no te escuche. Entonces: *“toma todavía contigo uno o dos, para que todo asunto quede zanjado por la palabra de dos o tres testigos”*. Buscamos objetividad, alguien que nos diga si soy yo o tú el que tiene razón. Esto requiere humildad por mi parte.
- c) *“Si les desoyes a ellos, díselo a la comunidad.”* Es la objetivación plena, la publicidad.

En cualquier caso, mi pretensión es ganar al hermano. Devolverle a la buena senda, orientarle hacia la casa del Padre... aunque, para ello, me tenga que hacer el tonto. (Uy, si esto lo tuviéramos presente en las juntas de evaluación)

“PERDONAR LAS INJURIAS”

He aquí la prueba máxima de la misericordia de Dios. La capacidad de perdonar, la capacidad de considerar que, pase lo que pase, me alegro mucho más de la vuelta del hijo que de su conducta. Eso es amar: querer un bien (o el bien) para la persona amada. Yo no quiero el castigo para mi hijo, lo que quiero es su conversión. Y no deseo su conversión por un proselitismo sectario, sino por su felicidad. Porque creo que sólo en Dios, sólo en la alegría de saberme amado, sólo en la esperanza tendré felicidad. Por eso perdono una, dos, tres... hasta setenta veces siete.

El perdón, la misericordia y el amor incondicional no están reñidos con la justicia. Dice el Papa en la Bula: *“Si Dios se detuviera en la justicia dejaría de ser Dios, sería como todos los hombres que invocan respeto a la Ley. La justicia por sí misma no basta, y la experiencia enseña que apelando solamente a ella se corre el riesgo de destruirla. Por esto Dios va más allá de la justicia con la misericordia y el perdón. Esto no significa restarle valor a la justicia o hacerla superflua, al contrario. Quien se equivoca deberá expiar la pena. Solo que ese no es el fin, sino el inicio de la conversión, porque se experimenta la ternura del perdón. Dios no rechaza la justicia. Él la engloba y la supera en un evento superior donde se experimenta el amor que está a la base de una verdadera justicia”* (20-21)

“CONSOLAR AL TRISTE”

¿Qué es la alegría? San Isidoro de Sevilla en su etimología nos dice: Alegre, que tiene velocidad y carrera y habla como si tuviese alas. Y es que la alegría es tener alas en los pies; es como si la vida no pesara, es como si pudieras con todo porque la vida se aligera (que tiene la misma raíz). La tristeza, la pesadumbre, la gravedad es todo lo contrario: no puedo con la vida; me pesa todo; no tengo fuerzas para esta carga. Por lo tanto consolar al triste es quitarle un poco de su peso y ayudarlo a llevarlo un tramo. Aligerar su vida de cargas pesadas y ponerlas en las manos de uno que las puede llevar; uno que llevó esa carga y salió triunfador. Consolar al triste consiste en dar una esperanza para el que no la tiene. El primer número de la Evangelii Gaudium (primer texto del Papa Francisco) dice así: *“La alegría del evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. (...) Con JesuCristo siempre nace y renace la alegría”* porque sólo el que tiene esperanza puede tener alegría; sólo el que tiene alegría puede dar consuelo.

Dice el Papa en EG: *“Hay cristianos cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua”* (los Profetas de Calamidades, ¿os suenan?) y claro, cuando entro en clase tengo que tener la conciencia de que esta tarea es posible; que educar es posible. Hay un maravilloso pasaje del Papa (suerte que sea argentino, viste?) que parecía reflejar a la perfección la actitud de algunos colegas cuando entran en la sala de profes (pero también para algunos médicos, algunos mecánicos...) *“Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas, quejosos y desencantados con cara de vinagre. Nadie puede empezar una lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo. El que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos, y recordar lo que el Señor le dijo a Pablo “Te basta mi gracia porque mi fuerza se manifiesta en tu debilidad.” El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con ternura combativa frente a los embates del mal. El mal espíritu de la derrota es hermano de la tentación de separar antes el trigo de la cizaña, producto de una desconfianza ansiosa y egocéntrica.”*

Por lo tanto, consolar es la acción de aliviar a otro de una carga. Es conseguir dar esperanza y fuerzas para vivir. Consolar es decirle al otro que no está solo, que estoy contigo y que Él está con nosotros. Para consolar necesito tener fuerza, sentirme aligerado, sentirme alegre.

“REZAR POR LOS VIVOS Y LOS MUERTOS”

Hemos dejado esta obra de misericordia para el final no porque sea la más difícil sino porque es la más importante. No hay nada más fácil y más eficaz que rezar por los vivos y los muertos. No hay nada que demuestre más la esperanza en la conversión y la confianza en Dios que poner en sus manos a todos y cada uno de nuestros alumnos. En serio, me parece que es algo que nos permite conectar con el corazón de nuestro ser cristiano. Seguro que todos lo conocéis, pero por si hay algún nuevo en la sala, permitid que os cuente uno de los hábitos más bonitos (desde mi perspectiva) que hacía el Padre Manyanet. Cuentan que cada noche, cuando ya todos se habían retirado a su habitación, el Padre Manyanet daba una vuelta por el

colegio de San Andreu cerrando las puertas y revisando que todo estuviera en orden. Es decir, se preocupaba y se ocupaba en que las cosas se hicieran bien (era un buen profesional, un hombre competente,...) pero al final, cogía el juego de llaves los colocaba a los pies de San José y le decía "Guárdalo tú." Nadie mejor que San José para cuidar el colegio.

Me encantaría pensar que cada noche, después de haber programada, evaluado, corregido a nuestros alumnos en clase; después de haber intentado enseñarles y aconsejarles; después de haber soportado sus errores, de haber perdonado y de haber corregido; después de todo eso pongo las listas de mis alumnos a los pies del Señor y le digo "Guárdalos tú" porque confío en Él y porque espero en Él.

Y cuando ya no hay esperanza, cuando la muerte me ha arrebatado a lo que quería, todavía me queda el consuelo de rezar. De pensar que puedo hacer algo por la persona amada. Porque siempre hay algo que hacer por él. Me llama la atención que la patrona de los Misioneros sea una monja de clausura que murió bastante joven y que nunca estuvo en las misiones. Ella tuvo clara cuál era su vocación: el amor, ser el corazón palpitante de una iglesia misionera. Por eso rezar por todos y cada uno de nuestros alumnos es algo maravilloso porque es, acordarme de él y ofrecerle la ayuda del que verdaderamente le puede ayudar.